

Manuel Peyrou, el hermano secreto de Borges

El 2 de enero de 1974, sentado sobre una tumba del democrático cementerio de la Chacarita de Buenos Aires, Jorge Luis Borges despedía los restos de Manuel Peyrou con una voz que la emoción hacía casi inaudible.

Con su muerte, dijo, «desaparece uno de los mejores argentinos; la palabra 'mejor' –añadió– puede provocar polémicas, lo sé, pero pensemos, primero, en el escritor. Comenzó a la manera de Chesterton, con el admirable ingenio que tenía». Borges hacía pausas más largas que las habituales y hablaba como si el muerto y él estuvieran solos. Tras mencionar primero algunos de los libros de cuentos de Peyrou –*La espada dormida, El árbol de Judas, Marea de fervor, La noche repetida*–, confesó que el que da nombre al último de estos volúmenes lo había hecho llorar. «Es uno de los mejores de nuestra literatura», dijo.

Luego se refirió a sus novelas *El estruendo de las rosas, Las leyes del juego, El hijo rechazado, Acto y ceniza* y *Se vuelven contra nosotros*, obras todas en las que alternan la fantasía y la crítica social y de costumbres. «En su estilo todo es espontáneo, todo está relatado como si el autor no se diera cuenta de lo que está contando».

«Manuel Peyrou –insistió– no sólo por haber sido un excelente escritor, fue y es uno de nuestros mejores hombres. Su pasión fue la amistad. En cuanto a mí, él me ha ayudado muchas veces, me ha tolerado, sin duda, y siempre con una íntima cortesía».

Más tarde, Borges escribió un poema que lleva por título «Manuel Peyrou» y que publicó luego en *Historia de la noche*: «Suyo fue el ejercicio generoso/ de la amistad genial. Era el hermano/ a quien podemos, en la hora adversa,/ confiarle todo o, sin decirle nada,/ dejarle adivinar lo que no quiere/ confesar el orgullo (...).»

En un homenaje que hicieron en 1969 a Borges con motivo de cumplir su septuagésimo aniversario, Peyrou contó cómo se habían conocido.

Alrededor de 1920, dijo, él estudiaba en la Facultad de Derecho. Allí trabó amistad con un grupo de compañeros –entre ellos, el poeta Carlos Mastronardi– que se interesaban en la literatura. «Hablábamos de Borges y de sus poemas mucho más que de derecho civil o de contratos o de la

cautio judicatum solvi, todo lo cual ignoro hasta ahora. Yo empecé a concurrir a lugares donde se reunían escritores y una noche, en un bar alemán de la calle Corrientes cerca de Pueyrredón, alguien me presentó a Borges. Fue la presentación formal, que consiste en darse distraídamente la mano y decir las palabras o las frases convencionales. La verdadera presentación ocurrió unas horas después, por obra de una sombra o de una presencia del pasado. Salimos y Borges me preguntó hacia dónde iba. Repuse que hacia el norte, a lo cual él respondió que también tomaría ese rumbo. Cuando íbamos por la calle Pueyrredón noté que a mi lado vagaba una presencia invisible pero estimulante, la sombra de que hablé. Era el recuerdo de un uruguayo, de Jules Lafforgue, y yo recité un verso de ese poeta francés nacido bajo el Trópico, como él mismo dijo. Borges inmediatamente completó el verso y recitó otros. Allí, para mí se produjo una confusión del tiempo y del espacio o un estado nebuloso en el que yo no sabía, en mi exaltación, si caminaba por Pueyrredón o por una calle llamada Rimbaud, Lafforgue o Baudelaire. Al llegar a Las Heras, donde él vivía y como no habíamos terminado de recitar poemas a voz en cuello, Borges se ofreció a acompañarme hasta mi casa. La operación se repitió varias veces, pero no se agotó mi impulso de recitar poemas franceses y, sobre todo, de oírseles a él. En esos viajes de tres cuadras hacia un lado y de tres cuadras hacia el otro, que duraron algo así como una hora, llamamos la atención hasta de un vigilante que estaba en la esquina».

Una de las características de Peyrou, que tanto Borges como otros de sus amigos más admiraban, era su brillante ingenio. Ernesto Sábato, que durante algún tiempo formó parte de su grupo de amigos, solía contar una anécdota que le ocurrió con Peyrou mientras paseaban por la calle Florida. Delante de ellos caminaba una mujer que, de espaldas, era espectacular. «Apurémonos –le dijo Peyrou– la única esperanza es que sea fea de cara».

A pesar de haber obtenido el título de abogado, nunca ejerció esa profesión; prefería el periodismo. Otro de los amigos comunes, Ulises Petit de Murat, cuenta en su libro *Borges - Buenos Aires* que en una época el autor de *Ficciones* iba a una tertulia en la calle Tucumán, en un café frente a la entrada del costado del *Jockey Club*. «El sostenedor –escribe– era Manuel Peyrou. Tenía una morosa vocación literaria. Por el momento consistía en tratar con escritores. Un hecho trágico lo convirtió, a la vez, en escritor».

En ese momento, Peyrou trabajaba como crítico de cine en el diario *El Sol*, propiedad del legendario Natalio Botana, uno de los patriarcas del periodismo argentino. «Era un estupendo cronista; pero en cierto instante dejó de serlo: parecía casi no ver las películas sobre las que tenía que escribir». Botana lo llamó y al preguntarle qué era lo que le sucedía,

Peyrou le dio la respuesta «más asombrosa que empleador alguno haya oído. –Estoy enamorado– dijo». La perplejidad del director duró diez segundos; le había hecho sacar el infaltable habano de su boca enérgica. «Retornó a ponerlo, y con su natural perspicacia, le preguntó: –Enamorado y en dificultades ¿no? Ante el asentimiento de Peyrou, ordenó que le dieran licencia y un vale suntuoso por dinero».

Petit de Murat prosigue: «Peyrou remedió sus descuidos de postergar citas y dedicarse demasiado a los amigos. La persona que le impedía conservar la agudeza de su estilo fue internada para una operación supuestamente sencilla. Murió en la sala de cirugía. Le avisaron cuando estábamos en el bar de la calle Tucumán. Al cabo de unos días muy sombríos, nos confiaba la extraña noticia. Su amada había tenido una premonición de muerte y le había dejado dinero para que editara un libro». Así nació el escritor. Ese primer libro, *La espada dormida*, obtuvo el Primer Premio Municipal de Literatura en 1945.

Con Borges compartían la inclinación por el género fantástico y el cine, así como por un particular humorismo. «Los que concurríamos a la tertulia de Peyrou –sigue Petit de Murat– estábamos muy extrañados: a pesar de verse mucho allí y en el diario *La Prensa*, donde Peyrou era redactor, ambos se trataban de «usted». Eran la excepción, ya que Mastronardi, Adolfo Mitre y otros concurrentes, se tuteaban. De manera que se les propuso que lo hicieran. De inmediato, los dos exornaron las primeras frases que se les ocurrieron con un florilegio de «Vuesa Merced señor Borges» o «Magnífico señor Peyrou» y numerosas variantes más. Total, que Peyrou luego de escribir *Las leyes del juego, Acto y ceniza y Se vuelven contra nosotros*, después de complicarse en bromas verbales de corte rayano en el surrealismo con Borges, se murió sin haberle dado el 'tú' ni por equivocación».

Cuando Borges necesitó la ayuda de un psiquiatra –así lo reveló Estela Canto–, fue Peyrou quien se lo recomendó. Roberto Alifano incluye en su libro sobre Borges unas palabras que éste le dictó acerca de su amigo para evocarlo en 1983: «Peyrou era un hombre muy reservado, pero aceptaba y alentaba las confidencias. Creo que fue una de las pocas personas a quien me atreví a hacérselas. Luego, él, de una manera muy suave e inteligente, sugería soluciones que nunca llegaban a sentirse como consejos. Esa era una de sus grandes virtudes, acompañar y corregir a sus amigos sin incomodarlos. Recuerdo que tenía el hábito del epigrama. Una vez, Emma Risso Platero, de quien estuvo enamorado Mastronardi (y que siempre que se refería a ella lo hacía con estas palabras: *Platero y yo*), lo llamó muy acertadamente el Ingenioso. Peyrou conocía, sin haber viajado nunca, ciudades como París o Nueva York. Las conocía con precisión, ya que no sé, quizás estudiaba detenidamente los mapas. A mí me asombró siempre ese hecho. Ahora, por otro lado, yo creo que él no sentía ninguna

necesidad de conocer esas ciudades; no le interesaba viajar. Cuando se lo proponían, lo rechazaba. Era un hombre bueno y de una nobleza increíble; yo tuve un ejemplo de su hombría de bien. Una vez, un señor de cuyo nombre no quiero acordarme, fue a quejarse por una colaboración mía al diario *La Prensa*. Era un individuo influyente y, al parecer, sus protestas iban a ser tenidas en cuenta. Peyrou se enteró y habló con los directivos del diario para defenderme, bajo el peligro de quedar él en una situación incómoda. Un tercero me lo comentó. Yo se lo agradecí, y él le restó importancia a ese hecho. Los dos éramos del barrio de Palermo. En sus libros *El árbol de Judas* y *La noche repetida*, él se ocupa de la vieja mitología cuchillera de Palermo. Era un finísimo escritor que profesó el hoy casi perdido arte de urdir fabulosos argumentos. Luego, los narraba de un modo lúcido y magistral».

Adolfo Bioy Casares, que con Borges y Peyrou formaron un trío inseparable, recuerda en su artículo «Libros y amistad», publicado en la revista francesa *L'Herne*, cuando, a mediados de la década de 1930, Borges le presentó a Peyrou: «Sé que una tarde, en los alrededores de la Recoleta, le referí (a Borges) la idea de *El perjurio de la nieve*, cuento que escribí muchos años después y que otra tarde llegamos a una vasta casa de la calle Austria, donde conocí a Manuel Peyrou y reverentemente oímos en un disco de fonógrafo *La mauvaise Prière*, cantada por Damia». Poco después, los tres fundaron la revista *Destiempo*, ilustrada por Xul Solar, pintor, místico e inventor de lenguas y juegos que cuando se casó le ofreció a su mujer, como regalo de bodas, el punto cardinal Este.

Manuel Peyrou había nacido en 1902 en San Nicolás de los Arroyos, pueblo de la provincia de Buenos Aires donde su padre, abogado, fue trasladado desde Buenos Aires como defensor de pobres y ausentes. En 1915, la familia retorna a la capital. En 1925 obtiene el título de abogado.

A diferencia de Borges, Peyrou jamás se jactó, ni pública ni privadamente, de sus antepasados. Era nieto del coronel Manuel J. Olascoaga, topógrafo, pintor, dibujante, dramaturgo, músico y novelista, héroe de varias guerras civiles, uno de los responsables técnicos de la Campaña del Desierto del general Roca, fundador de la ciudad de Chos Malal y primer gobernador del Neuquén; y sobrino nieto de Bernardo de Irigoyen, uno de los artífices de la organización nacional argentina, dos veces ministro de relaciones exteriores, y dos veces ministro del interior; también en dos oportunidades candidato a la presidencia de la República, pero —tenía sus limitaciones— tan sólo una vez gobernador de la provincia de Buenos Aires.

La prosa de Borges sufre, a partir de *El libro de arena* (1975), una notable modificación: comienza a adquirir la apariencia de sencillez y espontaneidad que admiraba tanto en Peyrou. Esa influencia, que curiosamente se evidencia tras la desaparición de éste, no incluye únicamente aspectos formales, sino también léxicos y de contenido.



Borges y Peyrou en casa de Adolfo Bioy Casares. (Foto de este último)

Las pasiones de Manuel Peyrou fueron, además de la amistad, la literatura, las mujeres, los juegos de palabras, el vino, la gastronomía y las paradojas. Extremadamente generoso y elegante, se consideraba a sí mismo una especie de aventurero sedentario. En una entrevista que le hicieron en el diario *La Razón* en 1961, explicó: «Me gusta la aventura cuando ésta es tan cómoda como la ausencia de aventura. Me parezco a ese personaje de un cuento inglés que quería cometer un desliz siempre que el desliz fuera confortable, honesto, apropiado a la clase media de su país, y entonces decidió raptar a su mujer, con lo cual conciliaba la aventura con la respetabilidad».

Sus amoríos –algunos de ellos con mujeres casadas e iniciados con una extraordinaria audacia– y sus ideas políticas, que mezclaban elementos conservadores, anarquistas y liberales y que siempre expuso con franqueza y valentía, pusieron, sin embargo, muchas veces su vida en peligro.

En una oportunidad, su madre ganó algo de dinero con un billete de lotería y le dio una parte para que se fuera de vacaciones a un balneario. Sin comunicar a nadie su propósito, Manuel Peyrou se trasladó, en lugar de a Mar del Plata, al hotel más lujoso de Buenos Aires, haciéndose pasar por un turista peruano. «Durante ese mes aproveché para conocer la ciudad», dijo después, con sorna. Al regresar a su casa, le confesó a su madre lo sucedido. Ella se puso a llorar de emoción y le dijo que toda su vida había soñado con hacer lo mismo.

A pesar de abominar de las relaciones públicas, obtuvo varios premios literarios importantes, que solía desvalorizar con ironía. En 1972 fue nombrado miembro de la Academia Argentina de Letras, cargo que aceptó con desdeñosa resignación. Muchos años antes, en la década de 1930, lo quisieron nombrar ministro de cultura de la remota provincia de Salta. «Cómo me iba a ir tan lejos, si en ese momento estaba enamorado de una rubia», dijo para explicar su rechazo. Siempre se burló de los honores, las formalidades y la gloria.

Era profundamente nostálgico, especialmente en sus últimos años. «Le placía vivir en lo perdido», escribió Borges en el poema que le dedicara. Odiaba con parejo fanatismo a los arribistas, a los deshonestos y a los demagogos. La ética dominaba todos sus valores. Despreciaba las políticas de conveniencia y cualquier autoridad más o menos absoluta.

Esa calurosa tarde del 2 de enero de 1974, en el vasto cementerio de la Chacarita, sentado sobre una tumba vecina al mausoleo donde iban a ser trasladados los restos de Manuel Peyrou y rodeado de un grupo de familiares y amigos que apenas oíamos su temblorosa voz, Borges concluyó por fin su lenta y angustiosa elegía. «Y ahora –murmuró frente al impassible féretro sobre el que estaba depositada una corona de laureles–, aquí tenemos ante nosotros su memoria, su fama, su leyenda».

Oscar Peyrou